

Véanse más fotografías de París en las páginas centrales, y en la octava regalo de diez relojes

Suscripción en toda España
Trimestre..... 1,50 pts.
Semestre..... 2,75 —
Año..... 5 —
Número atrasado, 0,25 —

NÚMERO SUELTO

10
céntimos



Suscripción en el extranjero
Año, 8 francos
Se admiten anuncios y re-
clamos en todas las planas.

NÚMERO SUELTO

10
céntimos

Año I.—Núm. 3

Madrid, Viernes 26 de Mayo de 1911

Oficinas: Pizarro, 12

La catástrofe de París



El aviador Train, al emprender el vuelo en su aeroplano, cayó sobre un grupo donde estaban el ministro de la Guerra y el presidente del Consejo; el primero resultó muerto, con horribles mutilaciones, entre ellas la pérdida del brazo derecho; y el segundo, gravemente herido

(Véase relato y emocionantes fotografías en las páginas 3, 4 y 5.)

El crimen de Canterac.—La envidia armó el brazo de los asesinos que dieron muerte á un hombre indefenso.—Vista de la causa.—Condena de los criminales

En la Audiencia de Valladolid se ha celebrado, la semana última, la vista de la causa del ruidoso crimen de Canterac. El hecho de autos, según el escrito del fiscal, fué el siguiente:
Un vecino de Bobadilla, llamado Primo

En el examen de testigos, las declaraciones más salientes han sido las de los periodistas D. José Fraile y D. Gonzalo Pardo, que hicieron extensas informaciones sobre el descubrimiento del crimen, relatando la forma en que los procesados con-



D. Gualberto Ulloa, juez instructor de la causa:

Ascensión Cea, hija de la víctima del crimen



Julián Rivera



Nicolás Sanz



Mariano Ojera



Miguel Benito (El Pardillo)

Oca, se hallaba dispuesto á emigrar porque carecía de medios de subsistencia. Una hija de Primo, llamada Ascensión, buscó, mediante recomendaciones de los dueños de la casa donde servía, que su padre entrara en la finca de Canterac, propiedad del finado conde de la Oliva.

El conde protegió á Primo, que era un honrado trabajador, manifestándole que escribiera á su hijo, que se hallaba en el pueblo, anunciándole que encontraría colocación en la misma finca.

Los demás dependientes de Canterac, ó sea el cachicán Nicolás Sanz, el vaquero Julián Rivera, el mozo Mariano Ojera y el lechero Benito, alias «Pardillo», envidiosos de la suerte de Primo, decidieron matarlo.

El fiscal calificó los hechos de asesinato con agravantes, pidiendo la pena de muerte para los procesados.

La vista producía verdadera expectación pública. Uno de los procesados, el «Pardillo», falleció, hace algunos meses, en la cárcel.

Todos recuerdan que el conde de la Oliva, también fallecido, en cuya finca se realizó el crimen, fué, asimismo, procesado.

fesaron su delito ante la Guardia civil, sin violencias, pues se hallaban sin esposas.

El fiscal, Sr. Gandiaga, pronunció un discurso sobrio y razonado, detallando las circunstancias en que se cometió el crimen y negando que los procesados declararan en la forma que lo hicieron obligados por las violencias de la Guardia civil.

A continuación, el acusador privado, señor Olea, dijo que dos años después de cometido el crimen seguía hablándose del suicidio de la víctima, sobreseyéndose el sumario por un prejuicio inexplicable del juez que lo instruyó.

La idea del suicidio debió desecharse desde el momento en que el cadáver de Primo Cea presentaba veintitrés puñaladas.

Se extendió en otras consideraciones, afirmó que los autores del crimen eran los procesados y solicitó para éstos un veredicto de culpabilidad.

Después del informe de los defensores, Sres. Vázquez, Gutiérrez López y Jimeno, el presidente de la Sala hizo un extenso y concienzudo resumen.

Las deliberaciones del Jurado duraron tres horas y media.

La Sala dictó sentencia, condenando á los procesados á diez y ocho años de reclusión, 5.000 pesetas de indemnización á la viuda del interfecto y al pago de las costas.

Una carta trágica

El barón de Stetten, diplomático alemán que vivía en Belgrado en la época en que fueron asesinados los reyes de Servia, cuenta en una revista alemana un inciden-

te curioso de la víspera del regicidio. El hecho no era conocido y revela cómo una casualidad, en apariencia insignificante, puede hacer cambiar el curso de los acontecimientos históricos.

La víspera de la noche trágica en que concluyó la dinastía Obrenovitch—cuenta el barón Stetten—había recepción en el Konak (palacio del rey).

Un sentimiento extraño, de inquieta pesadumbre, parecía reinar entre los invitados. Sólo el rey Alejandro se mostraba sereno.

En plena fiesta, un ayuda de cámara se acercó al ministro de la Guerra, entregándole una carta urgente que le remitía un oficial.

Pero en aquel momento el rey Alejandro llamó á su ministro para informarse sobre el espíritu de disciplina del ejército. El ministro de la Guerra, muy optimista, respondió que estaban tomadas todas las medidas de precaución, y, distraídamente, se metió en el bolsillo de su dolman la carta que acababa de recibir.

Dicha carta contenía la lista completa de todos los oficiales comprometidos en el complot, y excitaba al ministro á proceder en seguida al arresto de los culpables, para evitar que llegasen á vías de hecho.

El ministro olvidó la carta. Al día siguiente fué asesinado con el rey. Se registró su traje, y en él encontraron los conspiradores la carta cerrada que denunciaba el complot. Temiendo la venganza de los regicidas, el oficial delator se suicidó.

HEROICA LUCHA DE PESCADORES ESPAÑOLES CON LOS MOROS



Los pescadores de las cercanías de Ceuta rechazando la salvaje agresión de los moros que ha dado lugar á una enérgica reclamación del Gobierno

Los moros de Haus, de las cercanías de Ceuta, han realizado una nueva agresión contra pescadores españoles, un bárbaro atentado que no puede quedar impune. He aquí cómo relata los hechos el correspondiente de *El Imparcial*:

«Más allá de los Castillejos, cerca de Trespedras, á una legua próximamente de los Altos de la Condesa, hallábase pescando el falucho «Maria», de la matrícula de Estepona, tripulado por cinco hombres: el patrón Pedro Fernández y los pescadores Salvador Ríos, Salvador Montes, Rafael Girón y Felipe Gerra.

Estaba el falucho á unos 200 metros de la playa, y se ocupaban sus tripulantes en sacar el pescado de la red, cuando oyeron un disparo y vieron que un moro los apuntaba con su fusil desde la orilla. El pirata siguió disparando hasta cuatro veces, al mismo tiempo que los mandaba acercarse.

Temiendo que les alcanzase algún bala, los pescadores acercaron su embarcación hasta vararla. El moro entró en el agua, y sin dejar de apuntarlos, exigió que le entregasen el dinero.

Entre todos lograron reunir tres pesetas. Se las entregaron y quisieron alejarse; pero él entonces los mandó que le siguieran al interior de su kabila. Otros cuatro moros aparecieron en aquel momento en lo alto de un monte próximo.

Los marineros se negaron á abandonar su falucho, y prometieron entregar la pesca y la comida que llevaban. El moro insistió en que habían de seguirle, y se trabó una lucha entre él y el pescador Felipe Gerra. En la pelea recibió éste tres heridas graves de cuchillo mauser, en la cabeza y el costado y muslo izquierdo.

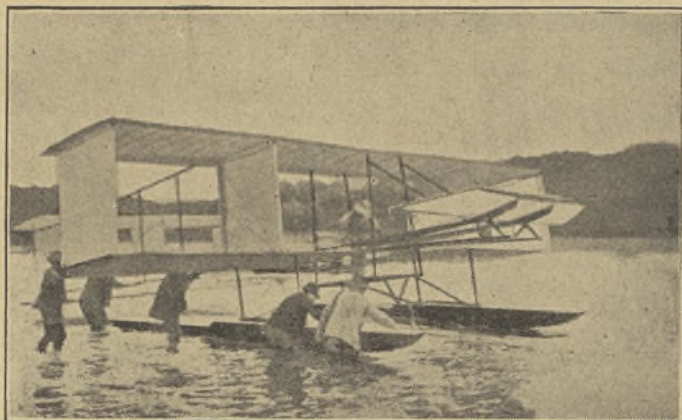
Al ver los demás pescadores herido á su compañero, se lanzaron sobre el moro, le desarmaron y le arrojaron al agua, y bajo una lluvia de balas que les dirigían los otros kabileños, al mismo tiempo que bajaban á saltos por el monte, recogieron al herido, que estaba desvanecido en el agua, montaron en el falucho y se hicieron á la mar. Gracias al viento que empujaba la vela, lograron pronto ponerse fuera del alcance de los moros, que siguieron disparando hasta que los perdieron de vista.

El patrón entregó en la Comandancia las armas del moro. El machete está doblado; tal fué la rabia con que el agresor hirió á Gerra.

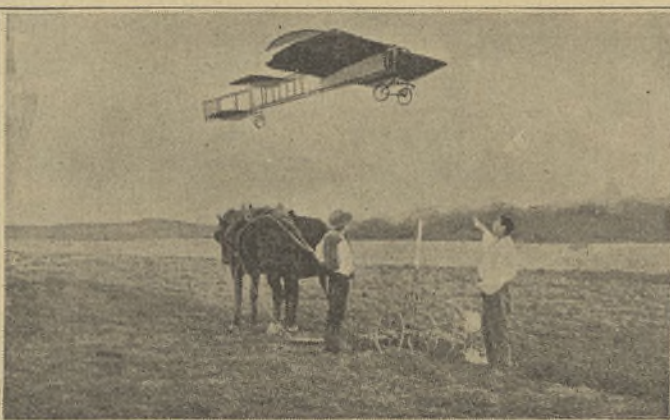
El general Alfau exigirá á los kabileños la entrega de los agresores.

La catástrofe de París.—El ministro de la Guerra muerto y el presidente del Consejo gravemente herido.—La conquista del aire es un gran progreso, pero á costa de muchas víctimas

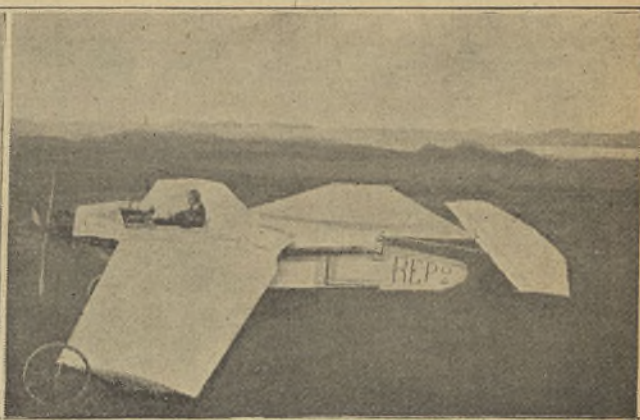
(Véase nuestra portada y la espléndida información de las páginas centrales con instantáneas tomadas en el lugar del suceso.)



Aeroplano E. Archdeacon



Aeroplano Biériot



Aeroplano Esnault-Pelterie

Diversos modelos de aeroplanos que se disputan la supremacía de la conquista del aire

El raid París-Madrid, organizado por el diario *Petit Parisien*, marcará una fecha gloriosa en la Historia universal. La tentativa parece que supera al esfuerzo humano. Una dolorosa catástrofe sembró el luto y la consternación al comenzar la prueba; pero Francia, con su asombroso patriotismo, supo sobreponerse á su angustia y dictó la resolución enérgicamente sublime de continuar la audaz empresa.

La catástrofe, muy semejante á la que se desarrolló, no hace mucho, en el Hipódromo de Madrid, ocurrió en la siguiente forma:

A las seis y treinta y un minutos se dió la orden á Train para que comenzara el vuelo.

En el aparato de su invención iba el notable aviador que ha producido el terrible suceso, acompañándole M. Bonnier, hijo del arquitecto-jefe del Ayuntamiento de París.

Monsieur Bonnier, muy aficionado á todos los deportes, había solicitado reiteradamente acompañar á Train en su peligroso viaje á Madrid.

La máquina Train rasó el suelo y pronto se eleva á unos 30 metros de altura.

Train saluda al público, agitando la mano izquierda, mientras con la derecha sujeta el timón.

El vuelo es rápido, pero inseguro. Desde luego advertimos todos que el aparato no responde á la voluntad de quien le guía.

Para dar idea de lo que acabamos de presenciar, será preciso suponer que un ave poderosamente voladora, en el momento de elevarse, recibe el tiro de un cazador y, con vitalidad aún, quiere seguir ascendiendo, perdido ya el régimen de la dirección.

El aeroplano Train va y viene, con viradas que se interrumpen, con detenciones súbitas, con nuevos ímpetus, hasta que inclina su pico á tierra y cae violentamente sobre un grupo de personas de las que andaban por la pista.

Todo fué rápido, instantáneo.

La muchedumbre, presintiendo los horrores de un suceso trágico, gritaba con frenesí. Las alambradas cedieron en algunos puntos por el avance de las masas. Las líneas de fuerza de la caballería ondularon bajo el impulso de las gentes que trataban de contener.

Puede asegurarse que jamás ha ocurrido ante un público tan numeroso un espectáculo terrible como éste, que ha unido en una sola exclamación de espanto y de dolor tantos millares de almas.

El aeroplano de Train había caído precisamente sobre el grupo formado por el presidente del Gabinete, M. Monis, por el ministro de la Guerra y por el *entourage* oficial de estos altos personajes.

Bajo el aeroplano quedaron todos en montón confuso.

Monsieur Lépine, sobre cuyo sombrero de copa habían rozado los patines del aparato y que no recibió daño alguno, fué el primero en acudir. Rompióse la línea que contenía al público, y gentes de todas condiciones acudieron, rodeando aquella masa de hierro y telas, rojo de la que había hombres muertos ó heridos.

Imposible es dar idea de la sensación de terror que circuló instantáneamente.

Pronto se supo que no eran exagerados los temores de que allí había ocurrido algo terrible.

Organizados los servicios de socorros, se

pulmonar, surgía un chorro de caliente sangre. En varias partes del cuerpo se observaban aplastamientos y fracturas. Era un caso de plena mutilación. Cinco minutos antes el ministro de la Guerra, M. Berteaux, había recibido de una distinguida

su distinguida familia, fué maravilloso que no les alcanzaran las consecuencias de la catástrofe, porque estaban muy cerca del punto en que violentamente «aterrizó» el aeroplano de Train.



El aviador contempla pesados y entristecido los restos de su aparato después de la catástrofe

sacó de debajo del aeroplano al presidente del Gobierno, M. Monis. Estaba lleno de sangre. Una de sus piernas había sido rota. El sombrero saltó á gran distancia. En la levita se observaban roturas. Sobre el rostro, la sangre goteaba también. Monsieur Monis había perdido el sentido.

El ministro de la Guerra, M. Berteaux, fué extraído en una situación espantosa. Una de las asas de la hélice del aeroplano le había cercenado un brazo. De la horrenda amputación, que llegaba á la región

dama de la alta sociedad un *bouquet* que había colocado en el ojal de su levita, y ese *bouquet* era lo único que se conservaba intacto en aquella masa magullada y sanguinolenta. El brazo seccionado, con el guante en la mano, yacía poco más allá.

El hijo de M. Monis no sufrió daño alguno, aunque también cayó sobre él la rota máquina de Train. Tampoco experimentó daño el Sr. Dóriga, á pesar de que se encontraba cerca del presidente del Consejo. En cuanto al embajador de España y á

Son muy lamentables esos terribles accidentes, pero no debemos por esto dejar de rendir homenaje á los hombres que sacrifican sus vidas por el progreso humano.

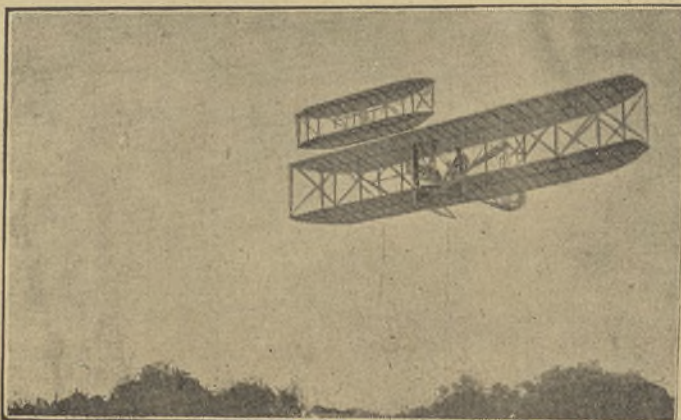
Los aviadores muertos á partir del 17 de Septiembre de 1908, han sido: el teniente Selfridge, á causa de la rotura de una hélice de su aparato; Lefebvre, rotura del equilibrador; Enca Rossi, aeronauta á quien mató la hélice de un dirigible; capitán Ferber, al descender en un foso; el español Fernández, tensores rotos; Delagrangé, motor demasiado poderoso; Leblen, por igual motivo; Hauvette-Michelin, encuentro y choque con una antena de señal; T. Robl, inexperiencia; Wachter, rotura de un ala; Dan. Kinet, falsa maniobra; Rolls, rotura de la cola del aparato; Nic. Kinet, ciclón; Vivaloi Pasque, inexperiencia y falta de esencia; Van Maad-syck, imprudencia; Poillot, rotura del transmisor de la hélice; Chavez, frenaje demasiado brusco; Plochman, rotura de un plano; Haas, cabeceo; capitán Maziewitch, suicidio; capitán Madiot, inexperiencia; teniente Monte, cabeceo; F. Blanchard, vuelo corto; teniente Saglietti, causa desconocida; R. Johnstone, rotura y cabeceo; teniente Cammarata, viraje corto y detención del motor; Castellani, la misma causa; Cecil Grace, perdido en el mar; Piccolo, pista reducida; Lafont, rotura de las alas; Pola, la misma causa; teniente Caumont, rotura del transmisor de equilibrio; J. Moisant, vuelo corto; Hoxey, ídem; Rusyan, inexperiencia; teniente Stein, imprudencia; Julio Noel y el español La Torre, vuelo planeado; el aviador no pudo dirigirse á tiempo de restablecer el equilibrio de su aparato.

A pesar del terrible accidente de París, hubo tres aviadores que osaron disputarse el codiciado premio de *cien mil pesetas*. Fueron éstos: Garros, que llegó felizmente á Angulema, de donde salió á las 5 horas y 13 minutos, llegando á San Sebastián á las 9 horas y 40 minutos; Vedrines, que hizo el mismo recorrido, en menos tiempo, resultando triunfador de la segunda etapa, y por último Gibert.

Cuenta Gibert que á poco de salir de Angulema, se vió envuelto por espesa bruma. De pronto, la trepidación del motor se unió á otro ruido, que provenía de debajo del aparato; el aviador advinó que se encontraba volando sobre las encrespadas olas.

Al cabo de volar sobre las aguas por espacio de dos horas, descubrió la costa, y poco después vió á un grupo de gente que le hacía señales. Se hallaba á la vista de Biarritz, salvándose de milagro de una muerte cierta.

La llegada de Vedrines á San Sebastián entusiasmó al público hasta el delirio.



Aeroplano Wright



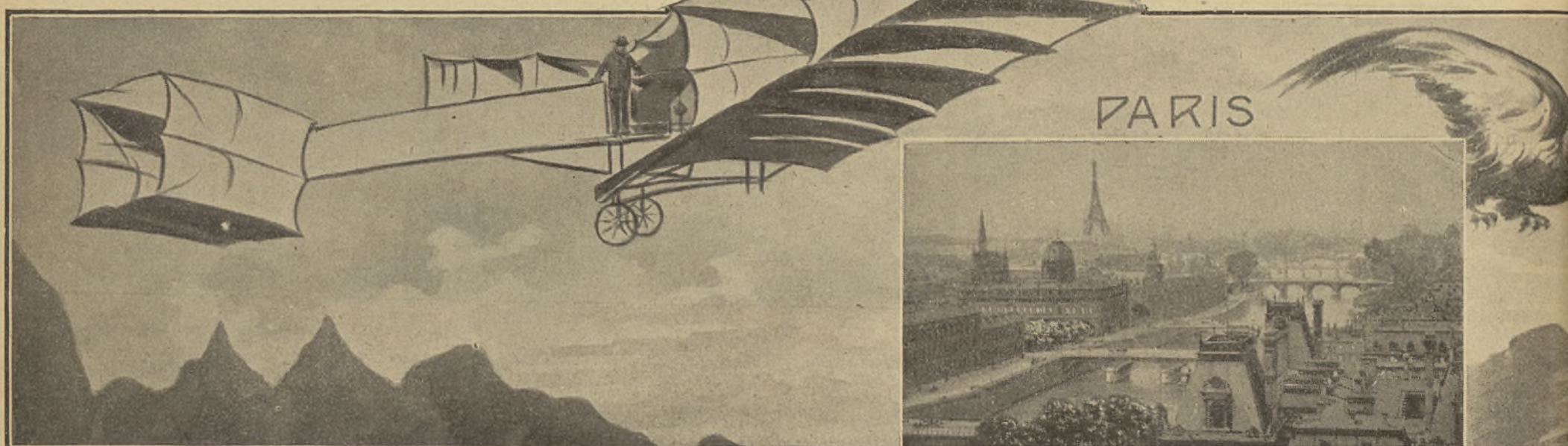
Aeroplano Wright



Aeroplano Voisin-Farman

El "raid,, de aeroplanos

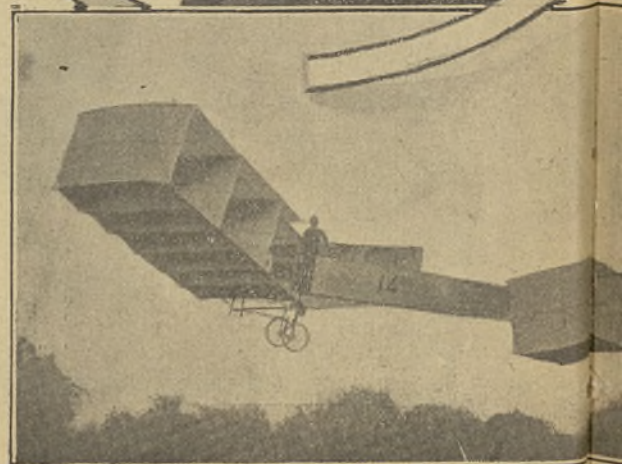
París - Madrid



Todos los aviadores que se disputaban el triunfo



EL MINISTRO DE LA GUERRA MUERTO



Después de la catástrofe, á la salida de París, sólo se elevaron tres aviadores: Garros, Vedrines y Gisbert.—Núm. 1, Ransay.—2, Bodda.—3, Weymann.—4, Beaumont.—5, Frey.—6, Gibert.—7, Garnier.—8, Devé.—9, Barillón.—10, Mamet.—11, Menard.—12, Amerigo.—13, Ladougne.—14, capitán Etevé.—15, Príncipe Nissol.—16, teniente Maillois.—17, Vedrines, vencedor de las dos primeras etapas, es decir, que ha hecho el recorrido de París á San Sebastián, en siete horas y media.—18, teniente Vence.—19, capitán Chamac.—20, Barra.—21, teniente Clavenad.—22, Chevalier.—23, Verept.—24, Divetaín.—25, Garros.—26, teniente Trétade.—27, Train, causante involuntario de la catástrofe de París.—Las fotografías del centro: A y B, Instantáneas del pesaje de los aparatos.—C y D, Llegadas de los aeroplanos de Weyman y Train; y E, Pesaje del motor.

es la tentativa más asombrosa realizada en el mundo



Instantáneas de la catástrofe de París



El grupo donde estaban los ministros momentos antes del terrible accidente. M. Berteaux, ministro de la Guerra, que murió destrozado por el aeroplano de Train

Train, el aviador que cayó con su aparato
M. Monis, presidente del Consejo, gravemente herido



Fotografía tomada en el lugar de la catástrofe en el momento de la caída del aeroplano

El martirio de San Sebastián

Antes de aparecer en el teatro la nueva obra de Gabriel D'Annunzio, *El martirio de San Sebastián*, despierta unánimes cu-



Este boceto indica exactamente cómo aparecerá la intérprete del «San Sebastián», de D'Annunzio en la escena culminante del drama.

riosidades, suscita felices iniciativas y hasta provoca vivo entusiasmo.

Dícese también que el Vaticano excomulgó la nueva producción, no sólo por considerar una irreverencia el llevar a la escena a un santo cristiano, sino que también porque encarnará la figura del mártir la bailarina rusa Yda Rubinstein.

No obstante, se asegura que para este misterio cristiano, D'Annunzio ha encontrado acentos de elevado heroísmo.

Los indiscretos precisan y detallan ya las peripecias del drama; la primera revelación de San Sebastián, sus milagros, su condena, su muerte y su resurrección en la gloria del paraíso entrevisto.

El curioso dibujo de León Bakst, que reproducimos, nos presenta a Yda Rubinstein, tal como aparecerá en la escena del martirio. Las flechas de los romanos se han clavado en su cuerpo; la sangre corre por numerosas heridas; el santo agoniza en el dolor, sin proferir una queja.

Esta escena angustiosa será la culminante del nuevo drama del poeta italiano.

El arzobispo de París, monseñor Amette, ha prohibido a sus fieles que asistan a las representaciones de la nueva obra.

ALREDEDOR DEL MUNDO

El colmo de las eses

Hay personas que se dedican a curiosearlo todo y no perdonan ni las cosas más nimias. Uno de estos observadores dice que la felicidad consiste en la posesión de cinco *eses*, a saber: *santo, sabio, sano, social y sobrio*.

Una mujer célebre dijo, en cierta ocasión, que su enamorado tenía las cuatro *eses* que deben adornar a un hombre que sienta verdadera pasión, esto es, que ha de ser: *sabio, solo, solícito y secreto*.

Cómo se hace el saludo

El saludo, esa especie de cumplimiento que en fuerza de verlo repetido no nos llama la atención, es muy distinto en todos los países.

Los japoneses, por ejemplo, apoyan fuertemente su nariz sobre la de la persona a quien saludan.

Los habitantes de Nueva Guinea colocan varias hojas sobre la cabeza del sujeto a quien hacen el cumplido.

Los moros se inclinan respetuosamente si se trata de una persona de calidad, ó llevan la mano a los labios y luego al corazón en señal de amistad.

Por último, por no citar otros muchos casos, los japoneses se quitan una cinela para saludar en la calle, y los habitantes de Astracán, una sandalia; si es dentro de casa, se quedan completamente descalzos.

El oro que cura

En otro tiempo se empleaba el oro con frecuencia como medicamento, y la cura por el oro de Paracelso ha llegado a ser célebre.

Abandonado su uso, es hoy cuando comienza a tener útiles aplicaciones.

El cloruro de oro está considerado como

un excelente remedio contra el alcoholismo crónico.

El profesor Grasset aplica el cloruro de oro y el sodio a la curación del reumatismo.

Otro médico, el doctor Lemonié de Lille, da bromuro de oro a los epilépticos, y dice que por este medio ha obtenido un gran éxito en multitud de casos.

El profesor Robin, por último, anuncia que el bromuro de oro es también de gran eficacia en el tratamiento del cáncer.

Pasatiempos y amenidades

Admitiremos en esta sección los trabajos que nos envíen los lectores, siempre que sean originales, recomendando especialmente la novedad en los asuntos. En la «Estafeta» que abriremos el número próximo se contestará a todas las cartas. También se publicarán los nombres de las lectoras y lectores que nos remitan soluciones exactas.

ROMPECABEZAS

¿Dónde está el tocaor?



He aquí una guitarra que duerme abandonada en la silla esperando la mano que le arranque sus aspegios. No obstante, si se fijan nuestros lectores con un poco de cuidado verán al tocaor. Para las soluciones bastará con indicar el sitio exacto.

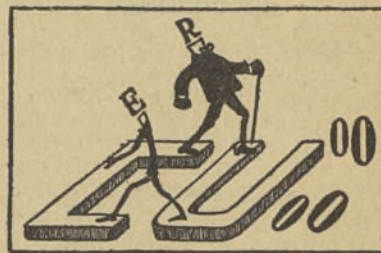
CHARADAS

I

Es mi *todo* vegetal
y es negación mi *tercera*;
prima-dos es un metal
que *todo* el mundo lo aprecia.

Es apellido la *una*
de un artista singular,
y mi *tercia* con *segunda*
en la música has de hallar.

JEROGLIFICO



COMPRIMIDOS

I

2

PERCAL

II

LAPO

III

Z

OOO

IV

Pajarita logográfica, por V. Mouro

5	6	5	2	1
3	4	5	6	
3	4	5		
4	5	6	7	
1	2	5	4	
7	6	5	2	1
7	6	5	2	4
1	2	3	4	5
1	6	5	4	1
7	6	5	4	1

Léase horizontalmente: 1.º, pueblo de Pontevedra; 2.º, sustancia para pegar; 3.º, legumbre; 4.º, en el mar; 5.º, río de Egipto;

se despierta, coge el tabuco y... ¡cuidado! Yo he avanzado ya demasiado para retroceder. Arréglese usted como pueda.

El bribón estaba ya firme en la silla; picó espuelas, y pronto le perdí de vista en la obscuridad.

Estaba muy irritado contra mi guía y bastante inquieto. Después de un instante de reflexión, decidíme y entré en la venta. Don José dormía aún, reparando, sin duda, en aquel momento, las fatigas y vigiliadas de muchos días azarosos. Vime obligado a sacudirle rudamente para despertarle. Jamás olvidaré su mirada fosca y el movimiento que hizo para coger el tabuco, que, por vía de precaución, había puesto yo a alguna distancia de la cama.

—Caballero—le dije—, le pido mil perdones por haberle despertado; pero tengo que preguntarle una tontería. ¿Le gustaría a usted mucho ver llegar aquí media docena de lanceros?

Púsose en pie de un salto, y con voz terrible:

—¿Quién se lo ha dicho a usted?—me preguntó.

—Poco importa de dónde viene el aviso, mientras sea bueno.

—Su guía de usted me ha vendido, pero me la pagará... ¿Dónde está?

—No sé... En el establo, me figuro... pero alguien me ha dicho...

—¿Quién se lo ha dicho a usted? No puede ser la vieja...

—Alguien a quien no conozco. Dejémosnos de palabras vanas. ¿Tiene usted, sí ó no, motivos para no esperar a los soldados? Si los tiene usted, no pierda el tiempo. Buenas noches, y perdóneme por haber interrumpido su descanso.

—¡Ah! ¡Su guía de usted! ¡Su guía! Había yo recelado al principio; pero... ya se lo dirán de misas. Con Dios, señor. No soy tan malo como quizá crea usted. Sí: hay todavía en mí algo que merece la compasión de un buen caballero. Con Dios, señor. No tengo más que una pena, y es no poder corresponder a usted en lo que le debo.

—En pago del servicio que le he prestado a usted, prométame, don José, no sospechar de nadie y no pensar en venganzas. Tome usted; ahí van esos cigarros para el camino. ¡Feliz viaje!

Y le alargué la mano.

Estrechómela sin contestar, cogió el tabuco y las alforjas, y, después de haber dicho algunas palabras a la vieja en un «caló» que

Carmen, la cigarrera

una mesita de un pie de alto, un gallo viejo con arroz y muchos pimientos, después pimientos fritos, y, finalmente, «gazpacho», hecho también con pimientos. Tres platos tan cargados de especias, obligáronnos a recurrir á menudo á un pellejo de vino de Montilla, que nos pareció exquisito. Después de haber comido, viendo una guitarra colgada de la pared (por todas partes se ven guitarras en España), pregunté á la chiquilla que nos servía si sabía tocarla.

—No—me respondió—, pero don José la toca muy bien.

—Tenga usted la bondad de cantar algo—le dije—; me gusta con pasión la música española.

—Nada puedo negarle á un caballero tan principal que me da tan magníficos cigarros—exclamó don José en tono de buen humor.

Y haciéndose dar la guitarra, cantó acompañándose con ella.

La voz era ruda pero agradable; el canto, melancólico y extraño. En cuanto á las palabras, no comprendí ni una jota.

—Si no me engaño—le dije—, no es una canción española la que acaba usted de cantar. Eso se parece á los «zortizcos» que he oído en las «Provincias», y las palabras deben de estar en vascuence.

—Sí—repuso don José con aire sombrío.

Dejó la guitarra en el suelo, y con los brazos cruzados púsose á contemplar con una singular expresión de tristeza el fuego, que se apagaba. Iluminado por un velón puesto sobre la mesita, su rostro, á la vez noble y torvo, me recordaba el Satanás de Milton. Como él, quizá, mi compañero pensaba en los parajes que había abandonado, en el destierro en que había incurrido por efecto de alguna falta.

Procuré reanimar la conversación, pero no respondió, absorto como estaba en sus tristes pensamientos.

Ya la vieja se había echado en un rincón del cuarto, tras un coberter agujereado, sujeto por una cuerda. La chiquilla hablaba seguido en este retiro, reservado al bello sexo.

Mi guía entonces, levantándose, invitóme á acompañarle al establo; pero, al oír estas palabras, don José, como despertando sobresaltado, le preguntó en tono brusco á dónde iba.

—Al establo—respondió el guía.

6.º, almacén de sal; 7.º, sacerdotes en Roma; 8.º, nombre de varón; 9.º (1), río de Oviedo; 9.º (2), naípe; 10.º (1), carne ó pescado salado; 10.º (2), consonante.

SOLUCIONES

Soluciones á los pasatiempos insertos en el número anterior:
A la aritmética casera: «Siendo igual á 12 la suma de los dos primeros números, y á 16 la de los dos últimos, es evidente que 12 + 16 será igual al doble del segundo número, mas el primero y el tercero, y se tendrá:

12 + 16 — 14 = 14

duplo del segundo número, y de consiguiente, éste será igual á 7. Hallado el segundo número y restado de 12, nos dará el primero, que es 5, y de 16 el tercero, que es 9.»

A la charada: SEMANARIO.
Al cuadrado:

I S L A
S A U L
L U N A
A L A S

Al «Cuadro mágico»:

6	3	20	12	24
15	22	9	1	18
4	16	13	25	7
23	10	2	19	11
17	14	21	8	5

Sumadas estas cifras en todas direcciones, dan siempre 65 de resultado.

A las charadas rápidas: LUZ-PACA-ROPA.

A la tarjeta: LOS COMEDIANTES DE ANTAÑO.

BRILLANTES
ICARDE

LOS MEJORES DEL MUNDO
Joyas de todas clases, verdaderas maravillas de arte y de buen gusto.
Sucursales de París: en Madrid Atocha y Glo-rieta de Bilbao.

La Federación Nacional Escolar
La Cooperativa de la Casa de la Moneda
La Sociedad Hispan-Trust

eligieron para su suministro á la muy acreditada SASTRERIA. Somoza, Montera, 5, la que de común acuerdo les hace descuentos sobre el precio de tarifa, muy conocida del público de Madrid y provincias.

TARIFA DE PRECIOS	PESETAS				Paño, hechura y forros, desde
Hechura y forros de traje de americana.....	20	25	30	35	35
Idem íd. de íd. de smoking.....	30	40	50	60	60
Idem íd. de íd. de frac.....	40	50	60	70	75
Idem íd. de íd. de levita.....	40	50	60	70	75
Idem íd. de gabán.....	25	30	40	50	40
Idem íd. de pantalón.....	5	6	7	8	10
Idem íd. de chaleco de fantasía.....	5	6	7	8	7

El progreso rápido de esta casa era de esperar, por el corte elegante y acreditado, confecciones selectas y precios incomprensibles, que viene causando la admiración de todos.

GRANDES EXISTENCIAS EN PAÑERÍA

CASA SOMOZA. - Montera, 5

FIJESE USTED BIEN

Regalo de diez relojes de plata
A NUESTROS LECTORES

Comenzamos la serie de regalos, que todos los meses hemos de hacer á nuestros lectores, ofreciéndoles diez magníficos relojes de plata mate, de señora ó de caballero, según lo deseen los agraciados.

Para aspirar al regalo basta con ser comprador de LAS OCURRENCIAS. Deseamos que todos los lectores puedan participar de estos valiosos premios, y para ello no hay más que sujetarse á las siguientes condiciones:

Recórtese el cupón que aparece debajo de estas líneas. Los lectores pueden enviarnos los cupones en sobre abierto, franqueado con un cuarto de céntimo. Procúrese escribir con claridad en el cupón el nombre y dirección del que lo envía.

Admitimos los cupones hasta el martes 30 del actual, en cuyo día, á las cinco de la tarde, se verificará el sorteo en nuestras oficinas. El acto será público, y todo el que quiera puede presenciarlo.

Los sobres conteniendo el cupón ó cupones deben dirigirse al Sr. Director de LAS OCURRENCIAS, Pizarro, núm. 12, añadiendo en una esquina la palabra «Concurso».

Se publicará el resultado del sorteo, ó sea los nombres de los agraciados, en nuestro número del viernes 2 de Junio próximo.



A los fotógrafos
y aficionados

«LAS OCURRENCIAS» ABONA
CINCO PESETAS POR CADA FO-
TOGRAFIA QUE SE PUBLIQUE.
PRECIOS CONVENCIONALES EN
INFORMACIONES EXTRAORDI-
: : : : : NARIAS : : : : :

Imprenta Artística Española, San Roque, 7.

MAYO DE 1911.—Cupón del sor-
teo-regalo de LAS OCURRENCIAS

Nombre del lector.....

Calle.....

Número.....

Reside en.....

Provincia de.....

—¿Para qué? Los caballos tienen que comer. Acuéstate aquí: el señor lo permitirá.

—Temo que el caballo del señor esté enfermo. Quisiera que el señor lo viese. Puede que sepa lo que hay que hacerle.

Era evidente que Antonio deseaba hablarme á solas; pero yo no quería infundir sospechas á don José, y ya en el punto en que nos hallábamos, parecíame que el mejor partido que podía tomar era demostrar la mayor confianza. Respondí, pues, á Antonio que yo no entendía nada en caballos y que tenía ganas de dormir. Don José le siguió al establo, de donde no tardó en volver solo.

Díjome que el caballo no tenía nada, pero que á mi guía le parecía un animal tan excelente, que le frotaba con su chaqueta para hacerle transpirar y que se proponía pasar la noche en esta agradable ocupación.

Entretanto, yo me había extendido sobre las jalmas, cuidadosamente envuelto en mi capa para no tocarlas. Después de haberme pedido que le dispensase la libertad que se tomaba al ponerse cerca de mí, acostóse don José detrás de la puerta, no sin haber renovado el cebo de su trabuco, que cuidó de colocar debajo de la alforja que le servía de almohada.

Cinco minutos después de habernos dado mutuamente las buenas noches, estábamos uno y otro profundamente dormidos.

Creía hallarme bastante fatigado para poder dormir en semejante sitio; pero al cabo de una hora vinieron á arrancarme de mi primer sueño unas muy desagradables picazones, y me levanté así que hube comprendido la naturaleza de las mismas, persuadido de que valía más pasar el resto de la noche al raso, que bajo aquel techo inhospitalario. Caminando de puntillas, llegué hasta la puerta, pasé á horcajadas por encima de la cama de don José, que dormía con el sueño de los justos, y tan bien lo hice, que salí de la casa sin despertarle.

Junto á la puerta había un ancho banco de madera; extendíme sobre él y me arreglé de la mejor manera posible para acabar la noche.

Iba á cerrar los ojos por segunda vez, cuando me pareció ver pasar por delante de mí la sombra de un hombre y la sombra de un caballo, marchando uno y otro sin ocasionar el menor ruido. Incorporéme y creí reconocer á Antonio.

Sorprendido al verle fuera del establo á semejantes horas, me levanté, dirigiéndome á su encuentro. Habíase detenido, y me reconoció desde luego.

—¿Dónde está?—preguntó Antonio en voz baja.

—En la venta; duerme: no tiene miedo á las chinches. ¿Por qué te llevas ese caballo?

Noté entonces que, para no hacer ruido al salir del cobertizo, Antonio había envuelto cuidadosamente los cascos del animal con trozos de un viejo cobertor.

—Hable usted más bajo, por Dios—díjome Antonio—. ¿No sabe usted quién es ese hombre? Es José Navarro, el más insigne bandido de toda Andalucía. Todo el día le he estado á usted haciendo señas, que no ha querido usted comprender.

—Bandido ó no, ¿qué me importa?—respondí—. No nos ha robado, y apostaría á que tampoco tiene ganas.

—Enhorabuena; pero hay doscientos ducados para quien lo entregue. Yo sé un puesto de lanceros, á legua y media de aquí, y antes de que amanezca traeré algunos mozos de pelo en pecho. Hubiérame llevado su caballo, pero es tan arisco, que nadie sino Navarro se le puede acercar.

—¡Vete al diablo!—dije—. ¿Qué mal te ha hecho ese pobre hombre para delatarlo? Y, por otra parte, ¿estás seguro de que sea el bandido que dices?

—Perfectamente seguro, señor. Hace poco me ha seguido hasta el establo y me ha dicho:

«Parece que me conoces. Si le dices á ese buen señor quién soy, te levanto la tapa de los sesos...»

—Quédese usted, señor, quédese usted á su vera: no tiene usted nada que temer. Sabiendo que está usted ahí, no recelará nada.

Mientras hablábamos, nos habíamos alejado bastante de la venta para que no pudieran oirse las herraduras del caballo. Antonio lo había desembarazado en un abrir y cerrar de ojos de los trapos con que le había envuelto los cascos y preparábase para montar.

Fueron vanas las súplicas y las amenazas que empleé para retenerle.

—Soy un pobre diablo, señor—me decía—. Doscientos ducados no son de despreciar, sobre todo cuando se trata de librar al país de semejante canalla. Pero ande usted con tiento, porque si Navarro